

APUNTES

Tomo IV

35

30 de Junio de 1938

Director: Elías Jiménez Rojas

*Elías Jiménez Rojas
9007/1969*



San José de Costa Rica

Apartado 230

APUNTES

Tomo IV

35

30 DE JUNIO DE 1938

De Alfonso Castro

En *Presente y Futuro*, Colombia, mayo de 1938

Maestros respetables, considerados socialmente, con el porvenir a salvo, enamorados de su profesión y amantes de los niños, son los que regentan mi escuela. Aman el libro de estudio por el placer que ocasiona el conocimiento nuevo de cada día, pero no para tomar lecciones. Para enseñar están ellos. Saben que es la palabra precisa y cuidada, el gesto convincente, el brillo en las pupilas, el ademán cariñoso y acogedor ante la cosa que se tiene a la vista o entre las manos, lo que mejor se graba en la mente infantil. Están convencidos de que una lección de botánica es de eficacia indiscutible, cuando se da aspirando el perfume de flores y yerbas en el jardín; que los rudimentos en geología se aprenden removiendo guijarros y embadurnándose las manos de tierra.

De mí sé decir que vine a saber a ciencia cierta lo que era la República de Colombia, hace poco tiempo en Bogotá, visitando el hospicio de Chapinero.

En un extremo del huerto, los muchachos en el puro barro han construido un mapa en relieve de unos tres metros cuadrados, lo más completo y nemotécnico que he visto. Ríos, montañas, valles, nevados, ciudades, todo admirablemente ejecutado, de suerte que por negado que se sea, basta mirar aquello con alguna detención para darse cuenta de lo que es nuestro territorio.

Con placer pensé que cualquiera de los pequeños obreros que habían ejecutado la tarea conocían mejor nuestra geografía que los que hemos leído muchos libros. Y la conocían de manera envidiable, alegremente, vivida como por juego, entre cantos y gracejos. Experimenté hasta un sentimiento de envidia! Si a muchos se nos hubiese educado de modo tan espontáneo y grato, quizá tendríamos menos resacas en el alma...

*
**

Hemos sido muy apegados a los reglamentos, como si los tales dieran facultades, intensificaran el trabajo o sirvieran para maldita cosa. Queremos buscar eficiencia en los reglamentos, y pensamos que el hombre de alma apocada que a ellos se somete irrestrictamente, es clarísimo varón. Suplimos con las letras muertas del papel el empuje dinámico, y el ánimo gozoso, fecundo y saludable, que no vibra en las neuronas.

Reglamentos en la escuela, en la faena cuo-

tidiana, en la más humilde dirección, en el matrimonio y hasta en el amor. Quiérese que todos los hombres se rijan por el mismo patrón de inercia como si fueran iguales, cuando la desigualdad es norma y ritmo de la biología. Y siendo la desigualdad realidad evidente, pretender encajar las múltiples personalidades en idéntico molde, es cuando menos insensato: para unas, será demasiado amplio y no lo necesitan, para otras estrecho en demasía y acabarán por romperlo.

No se gobierna de igual modo al niño línfico, de piel delicada, de ojos entristecidos, con tendencia al ensueño, que al mozo garrido, de fuerte musculatura, de secreciones internas aumentadas, de mirada desafiante y vivaz. El uno será moroso y contemplativo, enemigo del ruido y de los juegos viriles, muy sumiso a todas las órdenes y siempre, por consiguiente, mantendráse dentro del reglamento. Señor del estrépito será el otro, exhibiendo su fuerza por motivos baladíes. Encabezará mítines desde temprano, cortejará precozmente las mozas del contorno, aprenderá cuanto se proponga pero nunca llevará la mejor nota de conducta por sus frecuentes irrupciones contra el reglamento. Ambos pueden ser mozos inmejorables, desde que tengan un guía comprensivo que los endilgue bajo lógicas disciplinas sin someterlos por igual a las balladeras

y estrechuras de la letra muerta que pretende fijar normas.

*
* *

El exceso de clases no implica abundancia de conocimientos, sino mezcolanza de ideas embrionarias sin ilación lógica y sin correcta aplicación en la práctica. El estudio de temas diversos a un mismo tiempo, crea un estado molesto, quizá defensivo de la mente, en que ésta rehuye intensificar el aprendizaje de cualquier materia. Interrúmpese la benéfica congestión que se opera en el cerebro cuando se encauza la actividad en un solo sentido que conduce a poco andar a un estado de subconsciente curiosidad por el logro del fin deseado.

La abundancia de cursos ganados en un año es un sofisma con que se engaña a los padres y al público. Vale más una sola materia estudiada detenidamente con las naturales derivaciones en todo sentido, que el recargo de sapiencia de ciertas escuelas que crea sólo presuntuosos y pseudosabios.

De *Paul Valéry*

Nuestro diploma fundamental es el de bachiller. El bachillerato ha servido para orientar los estudios sobre un programa definido mediante pruebas que representan, para los examinadores, los profesores y los pacientes, una pérdida total y no compensada de tiempo y de trabajo. El día que inventéis un diploma, debidamente controlado, veréis inmediatamente organizarse un dispositivo, no menos preciso que vuestro programa, encaminado a conquistar ese diploma por no importa qué medios. El objeto de la enseñanza no es la formación del espíritu sino la adquisición del diploma. No es otro el fin de los estudios. Importa poco aprender latín, griego o geometría. Lo esencial es *pedir ideas prestadas*, no *adquirirlas en propiedad*; es decir, prestar lo que hace falta para obtener el bachillerato.

Pero hay más todavía. El diploma da a la sociedad un fantasma de garantías, y a los diplomados un fantasma de derechos. El diploma pasa oficialmente como título de sabiduría, y su dueño lo conserva toda la vida, aun a sabiendas de que la ciencia de que da fe consistió en un expediente momentáneo formado ad-hoc. Por otra parte, dicho diploma, expedido en nombre de la ley, lo convence de que ésta le queda deudora. Jamás se ha constituido convenio más nefasto para todo el mundo, el Estado y los individuos.

*
* *

Llegamos al fin a la difícil y controvertida cuestión de las relaciones entre el hombre y el Estado. El Estado, es decir, la organización precisa, exacta y estrecha, que le arrebató al hombre todas las porciones que quiere de su libertad, de su trabajo, de su tiempo, de sus fuerzas y hasta de su vida, a cambio de... ¿Pero qué es lo que puede darle? ¿La manera de gozar y de desenvolver lo poco que le resta? Esto es lo difícil de señalar. Porque el Estado cada día está más inclinado a absorber del todo al individuo.

Y el individuo lo es por la libertad espiritual. Pero ya hemos visto que esta libertad es ilusoria por la influencia de los efectos de la vida moderna. Estamos sugestionados, hostigados y animalizados y somos presa débil de las contradicciones y disonancias del medio en que flota la civilización presente. Ya, antes de que el Estado se lo asimilase del todo, el individuo estaba comprometido.

El Estado absorbente

POR JOSE VASCONCELOS

El crecimiento inmoderado de los poderes y funciones del Gobierno, es, según Christopher Dawson—*Religion and The Modern State*—, el carácter más alarmante de la época moderna. En muchos aspectos nos hallamos en este sentido peor que bajo el Imperio Romano y en condiciones parecidas a las del despotismo de los pueblos asiáticos. A medida que el Estado se adueña de la economía nacional, se consolida un despotismo semejante al de las épocas más negras de la historia. Y la nueva situación encontraría alguna excusa si el régimen del Estado Totalitario acabase con la pobreza, pero lo que enseña la experiencia es que un Estado dominante, cargado de militarismo y burocracia, aumenta la pobreza general en vez de disminuirla.

Para los espíritus nobles del mañana, la lucha contra el Estado será el ideal por excelencia, como lo fueron en su momento la lucha contra el señor feudal y más tarde contra el poder económico de la Iglesia y contra los abusos de la Monarquía. El Estado Totalitario, lo mismo en Rusia que en Italia, es una de las formas del Anticristo, un triunfo de la materia sobre el espíritu.

En la actualidad, los agentes del comunismo internacional, disfrazados bajo el Frente Popular o Frente Unico, que no desdeña la compañía de liberales y capitalistas, siempre que se titulen izquierdistas, nos presentan, como dilema forzoso, la elección entre comunismo y fascismo. Proponerle esta cuestión a un hombre honrado, dice el comentador norteamericano Everett Dean Martin, es lo mismo que preguntarle si quiere pasar el resto de sus días en la prisión de

Sing-Sing o en la de Alcatraz, en California. En efecto, se supone con toda mala fe que no existen como posibilidad del futuro, sino los dos regímenes malditos. Y añade Martín, con justicia: «La diferencia de comunismo y fascismo es verbal y accidental, pues tienen en común, ambos, tres principios: Revolución, Dictadura de una facción y Estado Corporativo. Conviene a ambos en que hay que destruir por la violencia el aparato democrático y practican el terrorismo del partido que se declara de por sí representante de las masas. Los fascistas hablan de nación y los comunistas usan el nombre del proletariado. Lo cierto, dice Martín, es que, aunque fascistas y nazistas hayan tenido al principio el apoyo de los capitalistas, tanto en Alemania como en Italia, los capitalistas y la alta burguesía se han quedado sin las garantías que derivaban de los regímenes constitucionales anteriores y a merced de las conveniencias del partido del poder.

En realidad, es caso de ceguera el que lleva a ciertos industriales a prestar apoyo a movimientos fascistas que, al aumentar con exceso los gastos del Estado por el inevitable crecimiento de una burocracia insolente, preparan su propia ruina económica. El capitalismo tiene razones de sobra para mostrar fidelidad a la democracia; nació en ella, al amparo del liberalismo y sólo dentro de un liberalismo a la antigua podría conservar sus privilegios por un período más o menos corto. El fascismo no representa los intereses del capital, sino un momento de desesperación de la clase media, que se erige en poder, a fin de vivir de los empleos públicos, después de que la pequeña propiedad rural queda arruinada por el agio de los banqueros y dado que los sindicatos, por lo común, le cierran el acceso a las fábricas. Y en esto precisamente está la infecundidad del fascismo, en que sólo crea burocracia que se pone a gravitar sobre la

producción. A la larga es un régimen ruinoso para la economía. Además, al suprimir la libertad provoca el suicidio colectivo del espíritu. Coincide en esto con el comunismo. Y no es de creerse, por lo mismo, que sobreviva, a no ser que la civilización occidental degenera hacia la satrapía de los pueblos de Oriente, a condición parecida a la de los Incas del Perú, a la llegada de los españoles. Regímenes de esclavitud y de decadencia que consuman la destrucción de una raza, la liquidación de una era.

El llamado a la patria, que es otro recurso fascista, hoy imitado por los soviets, es también ideal subordinado al concepto superior de la vida universal conforme al espíritu. Es legítimo como reacción contra el falso internacionalismo imperialista, pero una vez que desaparezcan los Imperios, el patriotismo nacional también volverá a sus justos límites, colocado en la tabla de los valores humanos, muy abajo del concepto general de humanidad; por debajo también de los valores universales como la justicia, la libertad, la religión, el arte, la cultura.

En cuanto a los comunistas, es obvio que la llamada Dictadura del Proletariado no ha dado el poder a los obreros, sino al grupo de políticos radicales que dicen amar el laborismo, pero odian el trabajo. En otros escritos hemos señalado la circunstancia: los líderes del comunismo, comenzando por Marx y Lenine, y terminando con el último orador de ocasión, no han sido obreros o han dejado de serlo. En Rusia el comunismo ha creado la burocracia del Partido, es decir, una casta privilegiada equivalente a la feudal, idéntica a la milicia de todos los tiempos y que sólo se diferencia del burgués en que no acumula riqueza, pero la consume y disfruta de los beneficios de buena casa, buen alimento, pasajes de primera en los trenes y mujeres bonitas a discreción, dada la facilidad de

los divorcios; todo mientras la masa se ve endiosada, pero no alimentada; adulada en teoría, y en la práctica, brutalmente expoliada.

(*Universidad, México, febrero de 1938*).

Las letras viejas, las que han
podido llegar a viejas . . .

Un capítulo de A. de Lamartine

(De *Rafael*, páginas de los veinte años)

¡Qué felicidad! Los viles deseos de la pasión se habían aniquilado (pues así lo había querido ella) en la plena posesión del alma del uno por el otro. La felicidad me hacía, como acontece siempre, mejor y más piadoso de lo que nunca hubiera sido. Dios y ella se confundían tan completamente en mi alma, que la adoración que le tenía era también una perpetua adoración del sér divino que la había creado. ¡Yo no era más que un himno, y en mi himno no había dos nombres, pues Dios era ella y ella era Dios! Nuestras conversaciones por el día, cuando nos deteníamos a contemplar, respirar y admirar en las vertientes de las montañas, a orillas del lago o en el tronco de algún castaño junto a las praderas bañadas de sol, se encaminaban con frecuencia, por efecto del rebosamiento natural de dos almas demasiado llenas, hacia el abismo sin fondo de todos los pensamientos; esto es, hacia

lo infinito y hacia la palabra que por sí sola lo llena: Dios. Me sorprendía cuando pronunciaba esta palabra con la entusiasta unción de alma y corazón, que encierra toda una revelación en un acento; me extrañaba verla apartar o bajar sus miradas, y ocultar en los pliegues de sus hermosas cejas o en la contracción de su boca distraída una pena o una incredulidad triste, que me parecía en contradicción con nuestros arrebatos. Un día le pregunté tímidamente la causa.

—Es que esa palabra me hace daño—me dijo.

—¿Y cómo—repliqué—la palabra que encierra el nombre de toda vida, de todo amor y de todo bien, puede hacer daño a la más perfecta de sus obras?

—¡Ay!—exclamó Julia con el acento de un alma desesperada—; es que esa palabra contiene para mí la idea del sér cuya existencia he deseado más ardientemente que no fuese un sueño, y ese sér—añadió con voz sorda y más débil—no es para mí ni para los sabios de quienes he recibido lecciones sino una ilusión, la más maravillosa, pero la más vacía, de nuestro pensamiento.

—¡Cómo—le dije—vuestros maestros no creen en un Dios! Pero vos que amáis. ¿podéis no creer en él? ¿Pues hay una palpitación de nuestros corazones que no sea una aclamación de lo infinito?

—¡Oh!—se apresuró ella a replicar—; no interpretéis de demencia la sabiduría de los hom-

bres que me han descornado los velos de la filosofía, y han hecho brillar a mis ojos el brillante resplandor de la razón y de la ciencia, en vez de la luz fantástica y pálida con que las supersticiones humanas iluminan las voluntarias tinieblas difundidas de intento alrededor de sus pueriles divinidades. No es el Dios de vuestra madre ni el de mi nodriza en quien yo creo; ése no es el Dios de la naturaleza y de los sabios. Yo creo con éstos en un sér, principio y causa, fuente, espacio y fin de todos los demás seres, o más bien que no es él mismo, sino la eternidad, la forma y la ley de todos esos seres visibles o invisibles, inteligentes o no inteligentes, animados o inanimados, vivos o muertos, de que se compone el único verdadero nombre de ese sér de los seres: ¡lo infinito! ¡Pero la idea de la inconmensurable grandeza, de la fatalidad soberana, de la necesidad absoluta e inflexible de los actos de ese sér que vosotros llamáis *Dios* y nosotros *ley*, excluye de nuestros pensamientos toda inteligencia exacta, toda denominación justa, toda imaginación razonable, toda manifestación personal, toda revelación, toda encarnación, toda relación posible entre ese sér y nosotros, y hasta el homenaje y la plegaria! ¿Es natural que la consecuencia haga oración al principio?... ¡Oh, qué cruel es esto—añadió—; y cuántas bendiciones, oraciones y lágrimas habría derramado ya a sus pies desde que os amo...!

Recobrándose luégo algún tanto:
—Os sorprendo—continuó—y os aflijo; pero perdonadme: ¿no es la primera de las virtudes, si es que hay virtudes, la verdad? Sobre este solo punto no podremos entendernos nunca; de consiguiente no hablemos de él. Vos habéis sido educado por una madre piadosa en el seno de una familia cristiana: vos habéis respirado allí, con la atmósfera, las santas credulidades del hogar; os han conducido de la mano a los templos; os han mostrado imágenes, misterios, altares, y os han enseñado oraciones, diciéndoos: «Dios está allí, que os escucha y os responde». Lo creísteis, porque entonces no teníais edad para examinar. Luégo habéis dejado a un lado esos juguetes de vuestra infancia para imaginar un Dios menos pueril y menos afeminado que ese Dios de los tabernáculos cristianos. Pero siempre ha quedado en vuestros ojos aquel primer deslumbramiento: y el día en que os creísteis imbuido, sin saberlo, en la falsa luz con que os fascinaron al entrar en la vida, os quedaron dos debilidades de inteligencia: el misterio y la oración. No hay misterio ninguno—añadió con voz más segura y solemne—: ¡no hay más que la razón, que disipa todo misterio! El hombre mal intencionado o crédulo es el que ha inventado el misterio; Dios es quien ha hecho la razón. Y no hay oración—prosiguió más tristemente—porque de una ley inflexible no hay que esperar que ceda, y

en una ley necesaria nada se puede variar. Los antiguos, en su ignorancia popular, bajo la cual ocultaban su sabiduría, lo conocían muy bien—añadió—y por eso oraban a todos los dioses de su invención; pero nunca a la ley suprema: ¡el Destino!

Calló la joven.

—Me parece—le dije, después de un largo silencio—que los maestros que os han enseñado esa sabiduría han subordinado demasiado en sus teorías de las relaciones del hombre con Dios, el sér sensible al sér que piensa; en una palabra, que han olvidado del hombre el corazón, ese órgano de todo amor, como la inteligencia es el órgano de todo pensamiento. Las representaciones que el hombre se ha hecho de Dios, pueden ser falsas y pueriles; pero sus instintos, que son su ley no escrita, tienen que ser a veces verdaderos. De otro modo, la naturaleza habría mentido al crearlo. Supongo que no creeréis que la naturaleza sea una mentira —añadí sonriéndome—vos que decíais hace poco que la verdad era quizá la única virtud. Ahora bien, cualquiera que sea el objeto que Dios se haya propuesto al dar estos dos instintos, el misterio y la oración, al corazón del hombre; ora haya querido revelarle por ese medio que él, Dios, es incomprendible, y que el misterio es su verdadero nombre; ora haya querido que todas las criaturas le tributasen honor y bendición, y que la oración sea el incienso

universal de la naturaleza, siempre tendremos que el hombre lleva en sí esos dos instintos cuando piensa en Dios: ¡El misterio y la adoración! ¡El misterio!—proseguí—toca a la razón humana ensancharlo, aclararlo, apartarlo más y más, sin llegar a disiparlo nunca completamente. ¡La plegaria! es la necesidad que siente el corazón de derramar, continuamente, la imploración útil o inútil, oída o no, como el perfume sobre los pasos de Dios. ¡Que ese perfume caiga a los pies de Dios o caiga en tierra, no importa: siempre cae en tributo de debilidad, de humillación y de adoración...! ¿Pero quién sabe si es perdido?—añadí con el tono de una esperanza que en la voz del que habla triunfa de la misma duda—; ¿quién sabe si la oración, esta comunicación misteriosa con la omnipotencia invisible, no es en efecto la mayor de las fuerzas sobrenaturales o *naturales* del hombre? ¿Quién sabe si la voluntad suprema e inmortal ha querido desde la eternidad inspirarla y satisfacerla en el que ora, y *hacer así, por la invocación, partícipe al hombre del mecanismo de su propio destino?* ¿Quién sabe, por último, si Dios en su amor y en su bendición perpetua a los seres emanados de él, ha querido dejarles ese lazo con él como la cadena invisible que suspenda el pensamiento de los mundos al suyo? ¿Quién sabe si en su soledad majestuosa, poblada con él solo, ha querido que se eleve y baje incesantemente ese vivo murmullo, esa con-

versación inextinguible con la naturaleza, en todos los puntos de lo infinito, desde él a los seres que vivifica, abraza y ama, y de todos esos seres hasta él? En todos los casos la oración es el privilegio más sublime del hombre, puesto que es el que le permite hablar a Dios; aun cuando Dios fuese sordo, todavía le rogaríamos, porque si su grandeza no permitiera darnos oídos, la nuestra consistiría en orar.

Conocí que mis razonamientos la enternecían sin convencerla, y que su alma, algo agostada por la ciencia, no había abierto aún sus manantiales hacia Dios. Pero el amor no debía tardar en enternecer su religión, después de haber enternecido su alma; las delicias y las angustias de la pasión debían hacer brotar muy pronto en ella la adoración y la oración, estos dos perfumes del espíritu que se abrasa y languidece, el uno lleno de embriaguez, y el otro de lágrimas, pero ambos divinos. No era gran teólogo, pero tenía tal convencimiento de la existencia de Dios, como el espejo de la imagen que refleja. Mi fe en él no era una fe sino una evidencia, y sufría al ver la más bella de sus creaciones ciega, sorda y muda, no sentir lo que manifestaba mejor que un cielo.

De H. Alfredo Castro Fernández

(Declaraciones hechas a un redactor del *Diario de Costa Rica*)

El Punto Muerto no es una obra de tesis. No envuelve ningún carácter político. No es tampoco una pieza de índole social. Es simplemente una pieza dramática. Es claro, las interpretaciones que pueden dársele, son muchas. Pero en el fondo, ¿qué es lo que he querido? Y contesto: llevar a escena ese dolor inmenso de la despersonalización del hombre por efecto de la tremenda tragedia que significa, para el individuo, la industrialización del mundo. En tres actos de un drama he querido poner en evidencia lo que implica para el hombre actual esa pretensión de la máquina de convertirlo en simple pieza mecánica de todo un sistema inhumano.

¿Qué han hecho Mussolini, Hitler y Stalin? Simplemente aplicar como regímenes políticos la idea estatal que se divisaba en el fondo, en la organización de la industria de post-guerra. Ellos son los autócratas en sus Estados, de la misma manera como en la industria se ha llegado al trust, a la cabeza única... a la muerte del pensamiento individual, para perpetuar lo que se ha conceptualizado la fórmula precisa de la dirección del mundo.

De modo, pues, que aquéllos tomaron o copiaron del sistema industrial sus fórmulas políticas de gobierno. Aquí está, precisamente, la

razón de las interpretaciones que pueden dársele a la pieza dramática *El Punto Muerto*. Pero mi objetivo no ha sido el de crítica política ni social. Ha sido—como queda dicho—el de evidenciar, por la forma del teatro, el triste espectáculo del hombre perdiendo el atributo divino del pensamiento, el que le da vida a su personalidad, a su individualidad, a su humanidad... Pero bien, si de aquella manera pudiera interpretarse la obra, habría que convenir, por lo expuesto, que no va sólo contra la máquina negra, sino también contra la máquina roja, porque tanto el musolinismo, como el hitlerismo y el stalinismo atentan contra la personalidad humana; contra la individualidad; en fin, contra lo que Pascal llamaba *la única dignidad del hombre: su pensamiento*.

De “*La Tribuna*”

Después de muchos perdidos intentos de hablar con don Elías Jiménez, pudimos ayer pescarlo en el momento en que despedía, en la puerta de su oficina, a un agente viajero, que nos pareció alemán.

—¿Hola, qué tal?—nos dijimos a la vez el uno al otro, como para sacar verdadero al escritor sudamericano que declaró al llegar a su tierra, que Costa Rica sería un país encantador si no abusáramos tanto del *¡hola, qué tal!*

—Lo que usted diga—nos respondió prontamente don Elías—. Hace dos meses largos que estoy en ayuno de letras de imprenta.

—¿Por consejo del gran novelista sueco...?

Se nos fué el nombre del novelista, pero don Elías nos entendió, pues nos dijo:

—Esta vez no ha sido por higiene mental, sino en fuerza de mis ocupaciones comerciales.

—Nos toca entonces ponerlo al corriente de las novedades. Se nos viene encima, con inoportuna precipitación, la campaña para elección de Presidente de la República.

—¿Por qué inoportuna?—nos contestó—. Ese es un asunto en que debe pensarse incesantemente... excepto en este instante, en esta casa... Siga usted. ¡A ver, otra novedad!

—Los planes de reforma de la Secretaría de Educación.

—¡Vaya! Los planes y programas no tienen mayor importancia. Las escuelas las hacen los *maestros*. Si los directores se dejan absorber por el papeleo y descuidan la vigilancia del personal docente, esté usted seguro de que la enseñanza va al garete. Acabo de ojear un «cuaderno de historia», de nuestro gran Liceo. ¡Qué redacción! ¡Cuántas inexactitudes y cuánta pedantería!—Siga usted, ¡otra novedad!

—La muerte de don José María Alfaro Cooper—dijimos torpemente, no sospechando lo que en seguida observámos.

Don Elías palideció, manifestando la conmoción que nuestra mala noticia le hacía experimentar. Se empañaron sus ojos. Apretó los labios. Luégo, haciendo un esfuerzo, nos habló secamente, en los términos que copiamos:

—Fue para mí un maestro y amigo queridísimo. Me llevaba unos ocho años de edad. Lo conocí en el *Colegio Central*, colegio privado que reemplazó al Instituto Nacional, en 1883, antes de que se abriera el Instituto Universitario. Don Leopoldo Montealegre, ya anciano, era ahí el director de un grupo de excelentes jóvenes profesores: don José María Alfaro, don Alberto Brenes Córdoba, don Miguel Obregón, don Juan Umaña y otros.

Don José María Alfaro fue el tipo acabado del maestro tímido, dulce y serio. Y fue también el tipo raro del amigo discreto e invariable a través de los años y en todas las circunstancias, a quien se ama necesariamente cada vez más.

Y don Elías apretó nuevamente sus labios.

Mayo de 1938.

*
*
*

—Vengo a preguntarle si desea dar alguna respuesta a los artículos del señor ministro de Educación y del señor director del Liceo de Costa Rica. Le antepongo que no olvido la posición ventajosa que le dan a usted en este caso sus años y la autoridad que se tiene ganada.

Usted está en las filas de los que pueden decir lisamente lo que piensan, sin quedar llamados a pruebas ni a controversias.

—Pues, amigo, nada tengo que responder. Lo que le dije en nuestra última entrevista, fue dicho fríamente y previa completa información. El «cuaderno de historia» citado por mí no es un cuaderno de apuntes de un alumno; es un cuaderno oficial del Liceo, que los estudiantes están obligados a *comprar* muy caro y a aprenderlo mecánicamente, sin entenderlo, porque no se puede entender.

El señor ministro parece más joven de lo que es; en momentos en que le hacen falta prestigios para que la Cámara de Diputados le preste atención, sale con simpleza a querer encubrir algo que centenares de padres de familia tienen ya averiguado, juzgado y condenado. Ha leído a Buisson, ilustre maestro de mi juventud, y afirma que piensa como él, pero en nada demuestra su afirmación, *absolutamente en nada*.

*
**

—Yo también estoy resentido con usted.

—¿Y usted por qué?

—Porque cuando vengo a visitarlo, me recibe amablemente, pero siempre termina con una misma recomendación: «No se lo cuente al público». Y le hago caso, mientras que otros de mis compañeros...

—Me dejan decir cosas desagradables.

—Si lo fueran para la mayoría de los lectores, de seguro no las buscaríamos.

—Y sucede lo de siempre: rompo el fuego y abandono el campo.

—Más o menos como quien publica un libro o escribe sus memorias. En el fondo, el propagandista es el ganancioso. Sin que lo mueva encono o malevolencia hacia nadie, usted no pierde ocasión propicia para recalcar las verdades de que está enamorado. Quiere que el legislador sea *simplista* («que simplifica o tiende a simplificar»); quiere que la disciplina no sea de índole policíaca en las escuelas; se desentiende de las faltas llamadas de *conducta*; se indigna cuando a un alumno se le abrumba con tareas que ha de hacer en la casa o cuando se le dificulta su promoción so pretexto de que es indócil o fogoso; proclama que la *inteligencia* es lo capital en el hombre, y que, por consiguiente, el objeto de la escuela es desarrollar la inteligencia y *aparejarla* para la vida...

—¡Exactamente! *Instruir* era, entre los latinos, un término de marina: poner a un buque su aparejo para que esté en disposición de navegar. Por eso pido una enseñanza descuajada de cuanto no sea lenguas, matemáticas y ciencias positivas; por eso ataco el acuartelamiento de los muchachos; por eso creo que los directores deben vigilar más a los profesores que a los estudiantes.

—¡Entendidos! Y llego al motivo de mi visita. La religión queda excluida así de los programas escolares, puesto que no es obra de razonamiento, sino artículo de fe y de inspiración; pero—le pregunto—don Elías: ¿en una escuela como las de Costa Rica, que no son ni han sido nunca positivistas, constituirá un mal la enseñanza de la religión católica?

—Le doy la respuesta con otra pregunta: ¿constituiría un mal la enseñanza de la poesía en una escuela como las de Costa Rica?

Entre el catolicismo y la ciencia no hay incompatibilidad. Para prueba, me vienen a la boca los nombres de tres de mis maestros, eminentes católicos y científicos gloriosos: Pasteur, químico y bacteriólogo; Branly, físico; y A. de Lapparent, geólogo.

Recuerde usted, en fin, que en Costa Rica podemos creernos curados de espantos. Durante la administración de don Ricardo Jiménez, en su único momento de esplendor pedagógico, cuando don Ricardo tenía a su lado a hombres como don Roberto Brenes Mesén y don Enrique Jiménez Núñez, talentosos, activos y bien preparados, la Secretaría de Educación y la Escuela Normal estuvieron convertidas en centros teosóficos. Ahora bien, en donde se ha colado la teosofía, hay espacio ancho para el catolicismo y para todas las religiones habidas y por haber.

*Del "Boletín
de la Sociedad de las Naciones"*

En los primeros días de abril se reunieron en Ginebra varios especialistas para proceder a un estudio sobre la condición jurídica de la mujer en los diferentes terrenos de la actividad humana.

Dicha reunión marca una etapa importante de la acción que desde hace unos cincuenta años se ha emprendido en la mayor parte de los países, para conceder a las mujeres la totalidad de los derechos cívicos.

Los esfuerzos llevados a cabo por las mujeres para obtener la parte que legítimamente les corresponde en los derechos y responsabilidades de la vida nacional, han comenzado a producir sus frutos en los países de occidente desde fines del siglo pasado. En varios países, principalmente la Gran Bretaña y los países escandinavos, el derecho de voto y de ejercer funciones públicas fueron concedidos a las mujeres poco antes o después de la Gran Guerra.

Pero existen aún algunos defectos en las leyes, defectos que deberán ser enmendados. En el mes de septiembre último, la Asamblea de la Sociedad de las Naciones fue llamada a ocuparse de una lista de reivindicaciones femeninas. Esta lista fue establecida sobre la base de la documentación suministrada por treinta y ocho Gobiernos.

El ponente de la Primera Comisión expuso de manera general la situación actual de las mujeres, según las leyes de los diferentes países, poniendo de relieve los hechos siguientes:

«1). La igualdad de derechos en materia de nacionalidad es concedida a la mujer en 10 países y se le niega en 20;

»2). El derecho de voto para las elecciones parlamentarias y la elegibilidad para las Asambleas legislativas, en el mismo concepto que los hombres, son reconocidos en 24 países y negados en 14 (9 de ellos de Europa);

»3). El derecho igual de voto para las elecciones de las Asambleas locales y la elegibilidad para esas Asambleas, son concedidos a la mujer con el mismo carácter que a los hombres en 29 países y negados en 7 (4 de ellos de Europa);

»4). Las mujeres casadas tienen los mismos derechos que los hombres en lo que concierne al domicilio, en 4 países solamente; 24 países les niegan esos derechos;

»5). En 7 países, las mujeres casadas tienen derecho, en el mismo concepto que los hombres, a ejercer la tutela sobre sus hijos; ese derecho se les niega en 20 países;

»6). Sólo 14 países conceden a la mujer, casada o no, el derecho de dedicarse a todo trabajo, mientras que en 16 países se le imponen restricciones diversas;

»7). La igualdad de derechos en materia de

propiedad, de ingresos y de retribución es concedida a las mujeres en 24 países y se les niega en 10».

Los puntos que acabamos de exponer dan una idea muy poco precisa de la situación jurídica de la mujer, pues hasta fines de septiembre de 1937 no se había realizado ningún esfuerzo, sea por las autoridades gubernamentales, sea por las instituciones científicas, para proceder a un estudio detallado de la cuestión. Sin embargo, algunas informaciones que fueron sometidas a la Asamblea hicieron aparecer claramente la necesidad de emprender una acción destinada a favorecer las reivindicaciones femeninas y a facilitar a las mujeres la adquisición de todos los derechos cívicos.

Varias organizaciones internacionales femeninas se han ocupado especialmente en ilustrar la opinión pública de los diferentes países, sobre dicho problema. Las mismas organizaciones han sido invitadas por la Sociedad de las Naciones a presentar informaciones sobre la situación jurídica exacta de la mujer en las diferentes regiones del mundo. Algunas de ellas han presentado conclusiones sobre los medios a emplear para alcanzar ese fin.

Dichas conclusiones tienden por una parte a que la Asamblea de la Sociedad de las Naciones recomiende a los Gobiernos la adopción de un convenio general que estipule que los hombres y las mujeres deben ser iguales ante la ley. Esta solución tiene la ventaja de la simplicidad, pero

presenta grandes inconvenientes, y parece difícil asegurar al convenio una aplicación general. Por otra parte, diversas organizaciones femeninas estiman que sería preferible para la Sociedad de las Naciones proceder a un estudio profundo de la cuestión, y en tal sentido se pronunció el año pasado la Asamblea de la Sociedad de las Naciones.

La Asamblea designó un Comité de juristas para elaborar la lista de las cuestiones que deberán ser examinadas en el curso de la encuesta. Dichas cuestiones han sido clasificadas en tres categorías: derecho público; derecho privado; derecho penal.

En lo que se refiere al derecho público, los especialistas encargados del estudio de dicha cuestión no solamente deberán describir la situación de las mujeres, sino considerar las diferencias relativas a las mujeres, fundadas sobre el casamiento, la edad, la instrucción y el número de hijos. Los especialistas deberán examinar el derecho de elección, la elegibilidad, el acceso de las mujeres a la instrucción, funciones públicas, profesiones liberales, etc.

Respecto al derecho privado, los especialistas deberán examinar la capacidad de la mujer en general, el casamiento, el divorcio, el derecho de contratar, el derecho de representar la unión conyugal, el ejercicio de un comercio o de una industria, el derecho de adquirir, poseer, administrar, enajenar los bienes, el derecho de presentarse

en justicia, el derecho de testimoniar en justicia y de ser testigo en las actas, el derecho de disponer *mortis causa*.

En cuanto a las cuestiones relativas al derecho penal, los especialistas deberán ocuparse de la responsabilidad penal de las mujeres, la prisión preventiva y las sanciones susceptibles de ser aplicadas a las mujeres, las disposiciones del derecho penal conducentes a la protección de la mujer, la prostitución y la trata de mujeres, y, finalmente, la participación de las mujeres en la policía judicial, en la justicia penal y en la administración penitenciaria.

En varios países, las mujeres ya han sido admitidas en los cuerpos de policía, en la administración de las prisiones y en los tribunales penales como jueces.

El Comité que se reunió en Ginebra, después de haber elaborado esta lista, ha pedido a las diferentes organizaciones internacionales de mujeres que se hicieran representar en su seno para examinar el procedimiento a seguir. Dicha discusión tuvo lugar en público y permitió a los representantes de dichas organizaciones expresar su opinión sobre la encuesta que va a realizarse.

*
*
*

Respecto al problema de la protección a la infancia, hace quince años que la Sociedad de las

Naciones realiza una obra considerable. En su reunión actual, la Comisión Consultiva de Cuestiones Sociales ha reafirmado los principios de la célebre «Carta de los Niños» presentada por la Unión Internacional de Socorros a los Niños, y adoptada por la Asamblea en 1924. Dicha Carta contiene una declaración de los derechos de los niños, que presenta particular interés en los difíciles momentos actuales. Dicha declaración afirma que el niño constituye el bien más valioso del capital humano, y deberá ser el primero en recibir protección en tiempo de guerra o de desórdenes sociales.

En los últimos años la Sociedad de las Naciones ha publicado una serie de estudios relativos al problema de la protección a la infancia en diferentes países. El primero se refiere a los tribunales para niños, instancias especiales que tienen por objeto evitar que el niño se convierta en criminal profesional. Se han tomado disposiciones particulares para la reeducación del niño criminal, a fin de adaptarlo a una vida social normal.

Recientemente la Sociedad de las Naciones ha procedido a un estudio de la asistencia que las organizaciones privadas prestan en diferentes países a las autoridades que se ocupan de los tribunales para niños. En muchos casos, dichas organizaciones ofrecen sus servicios benévolos. El estudio realizado por la Sociedad de las Naciones ha sido muy útil a las autoridades y a las

personas que se interesan en el problema de la readaptación de los niños y de los jóvenes delincuentes.

En la presente reunión de la Comisión se ha marcado un nuevo progreso. En realidad, la Comisión ha podido comprobar que muchos países han experimentado el sistema de colocación de los niños, no en las instituciones sino en las familias. Primeramente, el sistema ha sido aplicado, no a los niños delincuentes sino a los huérfanos, a los niños abandonados o aquellos cuyos padres han sido reconocidos incapaces de educarlos. Los especialistas en la materia han reconocido unánimemente que el medio que mejor conviene a los niños es el hogar. En consecuencia, el niño deberá permanecer en su familia en todos los casos posibles. Algunas razones materiales, es decir, la miseria, son insuficientes para justificar el desplazamiento del niño: las autoridades deben ayudar a los padres para que puedan sostener su familia. Igualmente, los niños ilegítimos sólo deberán ser separados de su madre en casos graves. Cuando es imposible dejar a un niño en su hogar natural, habrá que encontrar otro hogar capaz de reemplazar el que ha perdido. La Comisión recomienda que el hogar de colocación se parezca al del niño, principalmente en lo que se refiere a la raza, la lengua y la religión.

La Comisión ha examinado el texto de un informe que será publicado este año sobre la

colocación familiar de los niños. Dicho informe resumirá las experiencias efectuadas por las autoridades sociales y los organismos privados en 38 países aproximadamente. Finalmente, recordará los principios sobre los cuales los especialistas de la Sociedad de las Naciones estiman que deberá basarse la colocación familiar. Estos principios son los siguientes:

«Como la civilización se transmite por medio de los niños, la protección de la infancia reviste un interés primordial para la sociedad organizada. En todas partes la sociedad reconoce el hogar y la familia como el medio esencial que permite cuidar, dirigir y vigilar a los niños durante los años en que todavía no ha alcanzado la madurez y su independencia. La colectividad tiene además el deber de asegurar a la familia la seguridad y la protección de que tiene necesidad para realizar convenientemente su tarea, y también el deber de alentarla y, si necesario fuere, obligarla a cumplir esa tarea».

La Historia Anecdótica

POR JULIO VIVES GUERRA

Un refrán trunco.—Siempre que al recuerdo me llega o cuando se me suministran datos sobre anécdotas relativas a Jesús del Corral, las escribo con mucho gusto, porque me parece que con ello deposito una flor sobre la tumba de ese amigo querido cuya cuna se meció, así como la mía, a la orilla del Tonusco espumoso y bajo los tamarindos seculares de mi vetusta Santa Fe de Antioquia, la noble ciudad que—como escribió aquél—«fue enantes esplendorosa, rica y grande y hoy está silente y abatida, como sultana que cayó en desgracia».

Hace unos veinticinco años hallábase Jesús del Corral en unas fiestas de plaza, en la alegre y hospitalaria ciudad de La Mesa, con algunos amigos que lo acompañaron desde Bogotá.

Al día siguiente, que era domingo, se fué Jesús para la gallera, a presenciar unas muy anunciadas riñas, y apenas entrado atrajo su atención un antioqueño, a quien le decían Restrepito, que hablaba mucho y muy reciamente y tenía la peculiaridad de asemejarse a Sancho Panza en la condición refranesca, pues para todo soltaba un refrán, cuando no una sarta de tres o cuatro.

El bueno del antioqueño ese, que conocía a

Jesús del Corral, apenas lo vió, endilgósele y le dijo con su vozarrón de orilla de río:

—Paisano, Dios los cría y ellos se juntan, los machos viejos se buscan para rascarse, cada oveja con su pareja. Me alegro de encontrarlo.

—Muchas gracias, paisano—le contestó afablemente Jesús—. ¿Qué hace usted por aquí?

—Viendo pasar los patos y oyendo cantar los gallos, paisanito. Aquí en las riñas.

—¿Van a estar buenas?—preguntóle Jesús.

—Eso dicen, paisano; pero donde se cree que fríen no hay ni cazuela; víspera de mucho, día de nada y...

—Pero usted siempre está contento—interrumpió Jesús—atajando aquel alud de refranes que se le iba encima.

—Claro, paisano, porque todos están contentos, y en la tierra que fueres haz lo que vieres y el que con lobos anda a aullar se enseña y más vale pájaro en mano que buitre volando, y ríe mejor el que ríe último y...

—¿Qué gallos van a jugar en la primera riña?—interrumpió de nuevo Jesús, ya aburrido con el refranil chubasco de aquel Sancho Panza criollo.

—Dos muy buenos, paisano—contestó Restrepito—: el Colorado de don Chepe Ramírez y el Verde del Chato García.

—Y usted a cuál va a apostar, Restrepito?

—Los dos son muy buenos gallos, paisano,

y no sé a cuál ponerle los realitos. ¿Usted qué me aconseja?

—Pues, hombre—repuso Jesús haciendo como que reflexionaba—, acuérdesese de aquel refrán que dice:

«Domingo por la mañana
ningún colorado gana...»

—No me diga más, paisano!—gritó Restrepito, alejándose rápidamente.

Obedeciendo el refrán que Jesús le había improvisado tan oportunamente, Restrepito apostó al gallo verde, que en los primeros revuelos quedó hecho un guiñapo, mientras el colorado cantaba victoria.

Restrepito pagó religiosamente su apuesta y corrió en busca de Jesús, a quien le dijo muy enojado:

—Pero, paisano, me hizo usted perder mi plata con su refrancito.

—¿Y a cuál apostó, Restrepito?—le preguntó Jesús haciéndose de las nuevas.

—Al verde, porque su refrán dice que «domingo por la mañana ningún colorado gana».

—Pero Restrepito, por Dios—exclamó Jesús—, fue que usted no oyó la otra parte del refrán, porque se fué a la carrera!

—Ah!... ¿Es que le falta algo al refrán?

—Sí, hombre, y la otra parte dice así:

«Mas si el enemigo es verde,
ningún colorado pierde».

El corazón de Diego Uribe.—Me parece estar viendo la escena... Tenía yo unos 16 años y era muy dado a leer versos, quizá porque no los publicaba, pues mi público para ellos era una noviecita quinceañera, a quien le descargaba cada acróstico que cantaba el credo.

Y digo que era muy dado a leer versos porque no los publicaba, pues desde que empecé a publicarlos hago como los zapateros que no se calzan: los escribo para atormentar a los demás, así como esos respetables obreros fabrican botas para el fomento de los ajenos callos, y ellos usan alpargatas.

Muy dado a leer versos era yo, repito, y un domingo a medio día me hallaba en mi cuarto de hijo de familia, leyendo, sentado en un arcaico sillón de vaqueta, con los pies sobre el escritorio; posición poco académica y poco apta para leer poesías; bien es verdad que lo que yo leía era un libro de versos muy crudos—creo que de Batres Montúfar—, del cual recuerdo una octava real que decía así:

«Como el viento, fugaz es la hermosura;
es el lujo fantástica quimera;
las flores se convierten en basura;
los trajes van a dar a la hilachera;
esa epidermis de sin par blancura
es el forro de horrible calavera,
y esos ojos brillantes, primorosos,
se vuelven agujeros asquerosos».

Cuando iba yo en estas atrocidades, entró mi padre con táticos y atestados pasos al cuarto, leyó por encima de mi hombro, quitóme el libro y, entregándome un número de *El Heraldo* de Bogotá, me dijo:

—No leas estupideces. Lee estos versos, que eso sí es poesía.

Recibí el periódico, y empecé a leer la composición que mi padre me señalaba:

«Con nostalgias de víctima la boca
y nostalgias de selva la mirada,
con la febril excitación del preso
que su perdida libertad reclama,
en incesante batallar se agita
en su estrecho cubil la tigre hircana!».

Seguí leyendo entusiasmado, hasta el final, mientras mi padre sonreía:

«Nubló sus ojos sombra de tristeza,
rasgó un gemido su feroz garganta
y apareció una lágrima luciente
en la pupila de la tigre hircana!».

Cito de memoria, e ignoro si andaré acertado. Cuando terminé la lectura, exclamó mi padre, a guisa de epifonema:

—¡Eso sí es poesía, y no las crudezas que estabas leyendo!

Muchos años pasaron, muchos. Ya el santo anciano que me enseñó a querer y admirar a

Diego Uribe dormía su sueño de justo bajo los limoneros en flor de un humilde cementerio de mi tierra lejana, cuando vine a Bogotá.

Fue Jesús del Corral quien me presentó al poeta de *Margarita*, ese libro escrito con lágrimas que, al decir de Guillermo Valencia, «es un dolor cristalizado».

Desde la presentación que Jesús del Corral me hizo, me unió con Diego Uribe fraternal amistad, y no supe qué admirar más en él: si su talento de poeta o su corazón de hidalgo cristiano.

Porque puede aseverarse a cierraosjos que Bogotá no ha tenido un hombre de más noble corazón que Diego Uribe. Todo ajeno dolor fue sollozo en su garganta; toda ajena pena fue lágrima en sus ojos. Para buscar las penas ajenas tenía, como el personaje de Feval, microscopios en las pupilas.

Un rasgo lo pinta, un rasgo pequeño, pero en achaques de nobleza del alma se juzga por inducción.

Estábamos una tarde Diego y yo sentados en un banco del Bosque, cuando vimos que bajaba un policial que llevaba cogido de la mano a un pobre limpiabotas. El preso iba llorando. Diego, compadecido, se incorporó, se acercó al grupo y le preguntó al conductor:

—¿Por qué lleva a ese chino?

—Porque me faltó al respeto—contestó bruscamente el digno representante de la autoridad.

—Suéltelo, chatico—le suplicó Diego—que él no vuelve a hacerlo.

—No puedo soltarlo, doctor—repuso el policial más humanizado.

El muchacho seguía llorando; Diego se acercó soslayadamente al policial, le apretó la mano y le dijo:

—Suelte al chinito, señor agente, que él no vuelve a ser malo.

Y el policial, mientras con disimulo guardaba en el bolsillo un billete de a peso, contestó sonriendo maliciosamente:

—Por ser cosa suya, doctor, suelto a este chino; pero si usted no me hubiera argumentado, lo habría llevado a la guandoca.

El muchacho le dio las gracias a Diego y se alejó feliz.

—Míra—me dijo el poeta—, mejor que con un pañuelo se enjuga el llanto ajeno con un billete de a peso...

De cómo se hacían los «chispazos». Hace muchos años estuvo en Bogotá el famoso y agresivo crítico cubano Emilio Bobadilla, *Fray Candil*, quien—dicho sea de paso—no dejó en este país muy dulces recuerdos, tanto por haber publicado una escatológica novela en que calumnia a la noble y hospitalaria ciudad de Barranquilla, cuanto por los muchos embustes que escribió sobre Colombia, de los cuales el menor consiste en

afirmar que aquí se reían de él porque no tenía un bocio o coto como un globo terráqueo.

En aquellos tiempos todo escritor que visitaba a Bogotá se relacionaba inmediatamente con los intelectuales; lo que no acaece hoy, pues son pocas las amistades de los escritores forasteros; cosa que ignoro si será buena o mala, y sólo afirmo que dice poco de nuestra hospitalidad y compañerismo o de la afabilidad de los intelectuales foráneos.

Fray Candil se hizo muy amigo de todos los intelectuales de Bogotá, con quienes tenía frecuentes tertulias literarias, ya en su alojamiento, ya en la casa de cualquiera de sus amigos.

Un día hallábanse en el cuarto de *Fray Candil* varios intelectuales, en amena plática, y en el curso de la conversación dijo el crítico cubano:

—Ustedes me excusarán; pero no me gusta el género tan cultivado aquí, y que ustedes llaman «chispazos».

—Por qué?—le preguntó Soto Borda dándose por aludido.

—Porque se les nota a los chispazos cierta falta de flexibilidad, como hechos trabajosamente.

—¿Trabajosamente?—preguntó Julio Defranco—. Estos hacen un chispazo como fumarse un «legitimidad».

—Y para probarle eso—agregó Jorge Pombo—, tome usted este periódico, lea la frase que

quiera, y sobre ella nosotros agregaremos tres versos para formar un chispazo.

Diciendo esto, Pombo le entregó un periódico a *Fray Candil*. Este lo desplegó y leyó:

«Nos escriben de Mónaco...»

Inmediatamente, como si tuviesen una lección aprendida, los demás fueron echando este diálogo, que formó el siguiente chispazo:

<i>Fray C. (leyendo)</i>	:	<i>Nos escriben de Mónaco</i>
<i>Soto Borda</i>	:	<i>que el zar está elefanciaco;</i>
<i>Defrancisco</i>	:	<i>y la razón se adivina,</i>
<i>Pombo</i>	:	<i>pues vive con la-zarina</i>

Una aurora triste.—Dos o más veces he traído a esta sección el nombre del doctor Federico Jaramillo Córdoba, orador tempestuoso y poeta de inspiración doliente y conmovedora.

Aún en mis recuerdos de niño se destaca, con lineamientos vigorosos, una canción que en Antioquia hizo llorar a dos generaciones de adolescentes. Fue escrita por Jaramillo Córdoba cuando murió su esposa y prima hermana, doña Pascualita Muñoz, quien, como su esposo, llevaba en las venas la misma sangre del héroe de Ayacucho.

Federico Jaramillo Córdoba, como Balart y como Diego Uribe, publicó un libro de elegías a su esposa, muerta en la flor de la edad, y el recuerdo de esa muerta querida lo acompañó hasta la tumba. Inútil es decir que en mi lejana

niñez recitaba yo, casi con devoción, esas estrofas que eran sollozos:

«La tímida ovejuela
del pobre en la Parábola,
necesitaba el rico
que así me la quitó?
Estaba solo el Cielo?
Faltábale algún astro?
Un ángel más hermoso
necesitaba Dios?».

A pesar de que Jaramillo Córdoba llevaba una tumba en el alma, era dado a improvisar jocundamente, lo que sucedía con frecuencia, pues casi siempre andaba de carnaval en carnaval, esos carnavales del siglo pasado, alegres y jubilosos, que entonces llamaban «fiestas de plaza».

Estaba Jaramillo Córdoba en unas fiestas en Rionegro de Antioquia y entró con un compañero de jarana y bureo a una tasca cuya ventera poseía una de esas fealdades que cortan el hipo, cosa singular en aquella ciudad, que ha sido y es un semillero de mujeres hermosas.

Jaramillo Córdoba quedóse mirando a la ventera, asombrado de que una sola mujer pudiera sola con semejante fealdad, sin que nadie le ayudara, y le preguntó:

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—¿Para qué quería saberlo?—preguntó a su vez la gorgónica cantinera, que preveía una burla.

—Para encomendarla a Dios en mis oraciones—le contestó el poeta.

—No es para eso, Aurorita—terció el compañero de Jaramillo Córdoba—. Aquí el *dotor* quiere saber cómo se llama usted, para hacerle un verso.

—Me llamo Aurora Giraldo, servidora del señor—contestó la monstruosa ventera.

—Bueno, *dotor*, hágale el verso a Aurorita—repuso el amigo.

Y Jaramillo Córdoba, empuñando la copa que ya estaba servida, improvisó solemnemente:

«Estoy absorto y mudo,
Aurora, al contemplarte,
porque eres un sér híbrido
de Furia y de mujer;
y al ver tu hechizo ausente
puedo sólo jurarte
que quien te puso Aurora
no ha visto amanecer».

Bolívar juzgado por Lamartine.—Casi textualmente copio los datos que para una anécdota con este título me envía de Ambalema el inteligente caballero doctor Santos Castro.

En el año de 1858 estuvo en París el fecundo y galano escritor doctor José María Samper, y allá tuvo ocasión de relacionarse con los más notables literatos franceses, entre ellos Sandeau, Augier, Simon, Dumas (hijo) y Lamartine, el

popular y soñador poeta, cuyos versos repetían casi devotamente los jóvenes de la mitad del siglo último:

«El viento que mecía
su cabellera undívaga
mostrábame a intervalos
sus ojos y su tez,
como se ve en la noche
flotar sobre una lápida
la sombra de un ciprés!»

Para el autor de *El Lago* llevaba el doctor Samper una carta de introducción, firmada por el doctor Ezequiel Rojas, que era muy amigo de aquél.

Pasados algunos días, el doctor Samper fue de visita a la casa de Lamartine, en compañía del doctor José María Torres Caicedo.

Lamartine los recibió con esa refinada cortesía que hizo de él uno de los primeros elegantes de principios del siglo XIX, y los tres entablaron amena charla, salpicada de anécdotas que el gran poeta refería con inimitable donaire.

Después de un rato de conversación, el doctor Samper le dijo al poeta:

Uno de nuestros más vehementes deseos es ver la biografía del Libertador Bolívar escrita por usted, señor de Lamartine, pues para tal espada, tal pluma.

Y cuenta el doctor Samper en sus memorias, que el inspirado poeta le dió esta casi textual contestación:

«Nada podría serme más grato ni más honroso que completar mi vida escribiendo la biografía de un grande hombre como Bolívar, que luchó agitando, electrizando, moviendo, libertando y gobernando pueblos; sería además en gran parte la biografía de esos pueblos, del teatro en que han figurado y de su época. He podido escribir las de Colón, Cicerón, Gutenberg y tantos otros, porque el teatro donde figuraron es por todos conocido, y los lectores podrán familiarizarse, lo mismo que yo, con todos los hechos, los rasgos típicos característicos de los personajes y los pueblos, por antiguos que fuesen, y aun con el aspecto y las circunstancias de los lugares. Pero para escribir con propiedad la biografía de Bolívar sería necesario que yo conociese a fondo no sólo al personaje, siquiera fuese por narraciones y retratos, sino a los pueblos y jefes que le ayudaron o le combatieron en su empresa; y todavía más: todos los lugares que él recorrió en sus campañas y sus actos, los obstáculos que venció, los elementos con que pudo contar, y en fin, todas las condiciones de su época que precisamente agigantan su obra. Carezco de todo esto y me es imposible adquirirlo. Así, no obstante mi buen deseo, no puedo ser biógrafo del gran Bolívar».

Todo esto—dice el doctor Samper—era sumamente sensato, y Torres y yo hubimos de desistir de nuestra bella idea.

El último abencerraje.—En el Colegio de Tesoreros recientemente reunido en Ibagué, por convocación que hizo a todos los municipios mi inteligente amigo el donoso escritor Noel Ramírez, contralor del departamento del Tolima, tomó asiento don Ulises Useche, tesorero de Natagaima, ante quien todos sus colegas se descubrían reverentes, tanto por ser el patriarca y el deçano de la entidad, cuanto porque en la vida de don Ulises «hay un hecho auténtico que se sale de lo real y de los campos de la historia para casi entrar en la leyenda y en la fábula».

No resisto a la tentación de reemplazar mi desmirriada prosa con la muy acertada del citado señor Ramírez, que es quien me suministra los datos para esta anécdota. Dice:

«Cuando estalló la guerra de 1899, ya don Ulises era tesorero de Natagaima; la plaza fue tomada y él echó dentro de una taleguilla de cuero los billetes y níqueles que constituían el saldo en efectivo de su responsabilidad y que llegaba a unos ochocientos pesos de aquel entonces.

»Don Ulises no hizo campaña; duró huyendo los tres años de la guerra, sin poder prender candela en el monte para que el humo no lo denunciara; vagó por colinas y vegas y llanuras, guardando siempre el saldo de su caja...

»Cuando pasó la guerra, se presentó a las

autoridades; nadie casi recordaba de él; ¡tantos muertos! ¡tantos que habían abandonado la aldea nativa para siempre! y don Ulises llegó y dijo: —» Al estallar la guerra yo era el tesorero de este municipio; el saldo en efectivo en la caja, a mi cargo, era este mismo, y aquí lo traigo...

» Ya esos billetes ni circulaban... Ese hombre no estuvo en la guerra. Aguantó hambres y penalidades, defendiendo su saldo...

» No parece verosímil que entre todos los que manejan fondos del erario público haya uno siquiera que pueda presentar la bella hoja de servicios de don Ulises Useche, el anciano y humilde tesorero de Natagaima, reelegido por todos los partidos para todas las épocas como un reconocimiento a su austeridad prócera».

Tal como están hoy las cosas, bien puede aseverarse que don Ulises Useche, para quien desde aquí envío mi respetuoso apretón de manos, es el último abencerraje de la hidalguía oficial.

Una excusa peregrina.—Parece que tirando del hilo de los recuerdos se viniera a la mente la madeja de las anécdotas de Eduardo Ortega; pues tan pronto como escribo una, acuden sus amigos y admiradores a contarme otras, porque el ingenio de aquel poeta era un venero inagotable.

Estando Ortega en la adolescencia, en aquellos tiempos en que los padres de familia no les daban llave a sus hijos sino «de capitán para arriba», es decir, si ya contaban por lo menos veinticinco años, una noche lo convidó a una función de teatro su amigo íntimo Antonio Caicedo, hijo del doctor José Caicedo Rojas.

Eduardo recabó de su padre el permiso para quedarse un rato en la calle, con el fin de *darse un filito* de teatro.

El permiso le fue concedido; pero Ortega, con la alegría de aquella no esperada licencia, olvidó pedir que le dieran la llave, el único ejemplar que existía en la casa.

Cuando salieron del teatro los dos amigos, fueron a golpear a la casa de Ortega; pero nadie les abrió, por lo cual el señor Caicedo le dijo al poeta:

—Tienes que irte a dormir conmigo a mi casa.

Eduardo vaciló un momento, temeroso de la fraterna con que habría de recibirlo su padre al día siguiente; mas como no era cosa de quedarse bajo el cobijo de las estrellas, aceptó la invitación de Caicedo y se fué a dormir con él.

Al día siguiente, apenas se levantaron, le preguntó Caicedo a Ortega, con la galantería propia de esos tiempos y de esas gentes—galantería que está llamada a desaparecer y a ser

reemplazada por los puñetazos de los púgiles y las patadas de los futbolistas:

—¿Qué tal noche, Eduardo?

A lo cual contestó el poeta despezándose:

—No supe, porque me quedé dormido.

Negocios y negociantes.—Don Clímaco Mejía era un respetable caballero caldense, que murió en Bogotá, hace unos diez años.

La honorabilidad, la inteligencia y las dotes de simpatía de don Clímaco fueron parte para que gozara de mucho aprecio y estimación entre sus amigos, así como sus oportunas salidas y su agradable conversación hacían que su compañía fuera buscada por todos.

No pocas frases del señor Mejía conservan sus amigos en la memoria, y en ellas mostraba su buen talento y su agudo ingenio; y sus oportunas observaciones se referían casi siempre a la idiosincrasia de los individuos en relación con los negocios.

Una vez hallábase el señor Mejía en uno de esos cafés donde se reúnen los negociantes, y notó que en una mesa cercana estaban dos caballeros caldenses o antioqueños que discutían un negocio.

—Mira—le dijo don Clímaco a su compañero de mesa, señalándole a sus dos paisanos—, en aquella mesa va a haber pérdida para esos dos.

—¿Por qué?—le preguntó el otro.

—Porque están haciendo un negocio.

—Eso no es motivo para que los dos pierdan—le replicó el interlocutor—; perderá el uno o ganarán ambos.

—De ninguna manera—repuso don Clímaco—; estoy seguro de que pierden ambos en el negocio.

—No entiendo...

—Te explicaré—agregó el señor Mejía—. Es que cuando dos antioqueños o dos caldenses, es decir, dos antioqueños en todo caso, están haciendo un negocio, ninguno de ellos aspira a ganar sino a que el otro pierda.

La corona en los pies.—Para nadie es un secreto—y menos para el *beneficiado*—que al poeta Antonio Ferro lo llaman todos «El Jetón Ferro».

No he parado la atención en si los labios de Antonio Ferro tienen suficiente volumen para que su dueño merezca el remoquete, y sólo sé que quien tal remoquete lleva es uno de los hombres más ingeniosos de Colombia.

Dicen que los apodos y los refranes son fruto de la sabiduría del pueblo; pero en esta vez manca el decir, porque al chispeante bardo chiquinquireño se le debiera llamar nó «el Jetón» sino «el Talentón Ferro».

Como todo el mundo sabe, Antonio Ferro es un asombroso repentista, capaz de improvi-

sarle versos hasta a un candidato presidencial, dicho sea sin aludir a los doctores Echandía y Santos ni a ninguno de los candidatos que en el mundo han sido, son y serán.

Llegó a Chiquinquirá el inteligente y honorable caballero don Diego Márquez como agente de la acreditada fábrica de calzado «La Corona», una de las mejores del país—y esto no es anuncio pagado, sino un dato de justicia, que conste—, y fue tanta su actividad que en menos de un mes expendió todo el abundante y variado surtido que llevaba, de tal modo que en la bella y hospitalaria ciudad de la Imagen Milagrosa todo el mundo usaba zapatos de «La Corona».

Una tarde andaba de paseo por los pintorescos alrededores de Chiquinquirá el señor Ferro con don Diego Márquez y otros amigos, cuando se encontraron con unos frailes que regresaban a su convento.

El señor Márquez, como buen agente, le dijo a Ferro:

—Míra, estos frailes van calzados con zapatos de «La Corona».

Entonces el poeta, sin detenerse un instante a pensar, le soltó esta improvisación a su amigo:

«Un agente de calzado
ha vuelto el mundo al revés,
porque tanto ha realizado
que hay fraile que ha resultado
con «La Corona» en los pies».

Amamantamiento musical

Artículo escrito por GOUNOD, en su augusta ancianidad, en 1881, once años antes de morir.

La música es una lengua: es la lengua de los *sonidos* y de sus *relaciones* entre sí.

Los sonidos no bastan para producir la música; para producirla es preciso que sostengan entre sí ciertas relaciones determinadas que son la condición indispensable de su *musicalidad*, si se me permite este neologismo.

Los sonidos, por sí solos, no constituyen la música, como las palabras, solas, no constituyen el lenguaje. Las palabras no forman una frase, una proposición inteligible cualquiera, si no están asociadas por un lazo lógico, de acuerdo con las leyes del entendimiento. Así también los sonidos no pertenecen al dominio del arte, no se convierten en realidad musical sino cuando su producción, sucesiva o simultánea, obedece a ciertas leyes.

La música posee todos los caracteres de una lengua: se lee, se enseña, se trasmite, se percibe por el oído y por la vista. Una sola cosa la distingue de las lenguas propiamente dichas: la música *se siente o no se siente*. No tiene ella el privilegio de la *palabra*, que es una representación precisa y explícita de su objeto, pero es sin embargo una expresión de sentimientos y de pensamientos.

Por tanto, si se reflexiona en la facilidad prodigiosa, en la prontitud sorprendente con la cual los niños aprenden las lenguas, no sólo la maternal, sino varias lenguas a la vez, sin confundirlas, ha de admitirse lo que voy a decir acerca de la primera educación musical.

Tuve la dicha—dicha que parece hacerse cada vez

más rara—de que mi nodriza fuera mi madre. Ahora bien, el amamantamiento contiene más educación de lo que úno se imagina. Si no es una transmisión de ideas, es, muy probablemente al menos, el vehículo de una multitud de instintos, de aptitudes, de inclinaciones que multiplican los rasgos de parecido del niño con su madre; y si estos instintos, estas aptitudes, estas inclinaciones, son ayudados, incubados, fecundados por una cultura especial y asidua, se convierten fácilmente en facultades directoras y productoras que determinan lo que se llama una *vocación*, es decir, la marca de una tendencia y la prenda de un porvenir.

Mi madre era excelente música y poseía además esa precisión y esa claridad metódicas tan necesarias en un profesor, que le permitieron entregarse a la enseñanza cuando la muerte de mi padre la dejó viuda, sin más herencia que dos hijos que debía criar, uno (mi hermano mayor) de quince años, y otro (yo) de cinco.

Tan animosa como inteligente, dióse a sus tareas mi madre, y me encontré muy pronto formando parte del grupo de alumnos que el interés despertado por su situación, por su carácter y por su talento, hacía aumentar diariamente a su derredor.

Y bien, no obstante mi tierna edad, aparecía yo a los ojos de los alumnos de mi madre, como un escolar sobresaliente.

Véase por qué.

Comprendiendo que la lengua musical se podía aprender como otra lengua cualquiera, mi madre había hecho de mí, a un mismo tiempo, su criatura y su alumno y familiarizaba a la vez mi oído con los sonidos musicales y con las palabras.

Así resultó que la percepción de los aires y de los intervalos de que se componen dichos sonidos,

fuera en mí tan rápida o más que la de las palabras de que se compone el lenguaje usual. Y esto es fácil de comprender, puesto que los signos musicales y sus diversas relaciones son infinitamente más limitados que las palabras (signos de objetos o de ideas) y sus enlaces en la formación del lenguaje.

No hablaba yo aún cuando distinguía y reconocía ya perfectamente no sólo los diferentes aires sino también las diferencias de expresión y de sentimiento con que era mecido mi oído. Voy a referir una prueba curiosa.

Todos los que tienen un conocimiento siquiera elemental de la música, saben que hay una nota que se llama *ut* o *do*, y que la *gama* es una escala de sonidos, cuyo sonido inicial o *fundamental* se reproduce a la octava y concluye la gama misma. Se sabe además que la gama es *mayor* o *menor*, según que la 3.^a y la 6.^a grada forman con el sonido fundamental un *intervalo* mayor o menor. El intervalo mayor afecta el oído de un modo alegre, mientras que el menor produce más bien una impresión de melancolía o tristeza.

Un día, entre los aires que yo tenía ocasión de oír bajo nuestras ventanas y que constituyen esa colección de melopeas populares conocidas bajo el nombre de *gritos de París*, noté uno que me pareció probablemente de un carácter más triste que los otros y me volví hacia mi madre y exclamé, en los términos del vocabulario infantil de que yo comenzaba a servirme: ¡Mamá, mamá, canta en *do que llora!* El aire, en efecto, pertenecía a la gama menor. Yo no había cumplido los tres años.

He contado esta anécdota infantil, solamente porque ella muestra hasta qué punto el niño puede ser fácil y justamente impresionado por las relaciones de los sonidos cuando su oído ha sido habituado a ello

desde el nacimiento. Permítaseme otro relato del mismo género, también relativo a mi infancia.

Tenía yo entonces cerca de seis años y guardo un recuerdo clarísimo del lugar y circunstancias en que el hecho se pasó. Me parece verlo.

Había en esa época un músico Jadin, padre, si no me engaño, del pintor Jadin, de las cazas y jaurías. Mi madre quería mostrarle al chiquillo discípulo y rogó a Jadin que viniera a casa.

«Tengo, le dijo cuando llegó, un muchachito que me parece bastante bien organizado para la música. Si usted tiene la bondad de someterlo a alguna prueba de percepción musical, creo que va a interesarle». Jadin se sentó al piano. Mi madre me colocó en el fondo de la sala, vuelto hacia la pared, como un niño castigado, y dijo a Jadin: «Ahora puede usted, si gusta, improvisar, preludiar, tocar lo que se le ocurra, y el muchachito le dirá en qué tono toca usted y el tono a que pase usted sucesivamente». (Lo que se llama en música *modular*).

Jadin se quedó sorprendido de la exactitud con que seguí y le señalé las diferentes modulaciones que había atravesado su improvisación en el piano.

No habría que concluir de ahí, que una cultura precoz del oído sea suficiente para hacer un músico en el orden de la composición; pero es seguro que se puede iniciar el oído a la lengua musical del mismo modo que a la lengua hablada, y desarrollar así el sentido musical en un gran número de niños, y que, en todo caso, ciertas aptitudes latentes pueden abrirse paso gracias a los cuidados que se les haya dispensado desde la primera infancia.

He visto en mi vida muchos ejemplos de lo que sostengo. He conocido niños que cantaban falso porque sus madres o sus nodrizas cantaban falso y les habían *falseado el oído*. Porque no es la voz la que

es falsa: es la *noción* o *percepción de los intervalos* la que ha sido falseada en el origen por la impresión viciosa de un canto defectuoso.

Es, pues, tan esencial para el oído del niño percibir sonidos justos, como lo es para la delicadeza de su estómago y de sus entrañas no absorber sino una leche pura y vivificante. Por esto he dedicado a los lindos recién nacidos o, mejor dicho, a sus queridas mamás, esta corta instrucción, bajo el título de «*amamantamiento musical*».

CH. GOUNOD

Trad. e. j. r.

Miscelánea

Al echar una mirada sobre las varias formas de Gobierno, me hallo cada vez más inclinado a la conclusión de que, aunque la nacionalidad puede ser una fuerza poderosa en el crecimiento individual y colectivo, queda el hecho—un hecho que mis estudios de Teosofía me hacen considerar como primordial—que más grande que cualquiera dictadura, más grande que cualquier democracia, es la libertad individual ordenada. Porque es el individuo el que hace que el Estado exista. Hay en nuestros días una tendencia creciente a colocar el Estado por encima del individuo y hasta hacer del individuo un esclavo del Estado. Y cuando en este caso hablamos del Estado, queremos significar una cábala o pandilla de individuos que se han apoderado del poder y lo usan para sus propios fines en cuanto a su concepción individual respecto al futuro de la nación sobre la cual dominan por el momento. Tal cábala o pandilla puede hacer el bien,

pero a menos de que esté compuesta por gentes de visión excepcional, está fatalmente condenada a hacer el mal.

GEORGE ARUNDALE

*
* *

Ni la enfermedad ni la deformación perduran. Quien sabe esto tiene que ser optimista.

*
* *

Soy optimista a pesar de la Depresión, del Hambre, del Descontento, del Militarismo, los cuatro jinetes del Nuevo Apocalipsis, que galopan sobre las huellas sangrientas de la guerra mundial. Soy optimista, a pesar de haberse suprimido en el mundo entero los derechos individuales, después de aquel ingente esfuerzo para que la libertad imperase en el mundo.

EINSTEIN

*
* *

Descartes sostenía que la salud es «el primer bien y el fundamento de todos los otros bienes de esta vida» y estaba seguro de que el único modo de hacer a los hombres más juiciosos y buenos, «hay que buscarlo en los dominios de la medicina».

*
* *

Las funciones sociales del médico y del higienista son muy distintas y hasta opuestas a veces. Al médico se dirige el individuo enfermo pidiéndole curación o alivio o consuelo. Una de estas tres cosas es lo que el médico debe dar y nada más. Al médico

se dirige el individuo en secreto y este secreto debe ser sagrado para el médico. No hay ley ni autoridad que pueda relevarlo de la obligación moral de no descubrir en ningún caso a quien puso en él su confianza. El médico que conoce lo que pudiéramos llamar la razón filosófica de su profesión, no se transforma jamás en agente de policía o en delator. Si por guardar el secreto profesional hace un daño a la colectividad, absuelto está de antemano.

La función del higienista es muy diversa y, por lo mismo, es un contrasentido el querer desempeñar a la vez el papel de médico y el de higienista, papeles que suponen temperamentos y ánimos de muy desigual temple. Al higienista no deben importarle las unidades: él trabaja en pro de la colectividad en su mayor extensión. Trabaja por la salud de la parte mayor: mayor en calidad, en cantidad, en espacio y en tiempo. Su trabajo es de razonamiento, frío, firme, inexorable. El no tiene que aliviar o consolar. Su función es de prevenir y de cortar.

*
**

Reconozco que los individuos al asociarse para hacerse recíprocamente mejor y más fácil la vida, necesitan de un Poder central representativo, a fin de asegurar un régimen de justicia entre los asociados. Pero fuera de las funciones primordiales del Estado (primordial no significa primitivo), no admito otras. No las admitiría aun cuando el Estado cumpliera ya bien su cometido principal, que no lo cumple.

*
**

Cuando estudié por primera vez, en mi juventud, el monopolio del alcohol, no me pasó por la cabeza

la idea de que en virtud de él bajara el mal consumo del alcohol: yo sabía que dicho consumo tenía que subir, puesto que, a más de no desaparecer con el monopolio las causas sociales propias del alcoholismo, el Estado iba pronto a estar interesado en aumentar sus ventas; pero yo me decía: quizás tenga este monopolio la ventaja de asegurar a los consumidores la adquisición de un producto de primera calidad, menos venenoso para los bebedores y más puro y barato para el uso de los químicos, de los industriales y de los farmacéuticos. ¿Y qué hemos obtenido? A un precio elevadísimo el Estado nos ha suministrado, las más de las veces, el peor alcohol de los mercados. En los últimos tiempos ha ido más lejos: se ha metido a fabricante de vinos y mixtelas, cuyas EXCELENCIAS anuncia sin recato.

*
**

Con datos convincentes puedo sostener que ofrece mil veces más peligro un monopolio del Estado que uno particular.

EDISON

*
**

El dominio político de cualquier mecanismo de producción no puede tener otro resultado que la ineficacia y el fracaso.

HENRY FORD

*
**

Diríase que las condiciones consideradas como más favorables a la preparación de los descubrimientos: riqueza en materiales de estudio, en medios financieros, en aparatos, en personal, contrarían la caprichosa iniciativa del genio.

CH. NICOLLE

(En la *Biología de la Invención*).

*
**

Para ser dueño de sí y de los demás, es necesario tolerar. La impaciencia parece esfuerzo y vigor, pero en realidad es una flaqueza, procedente de la falta de valor para sufrir.

FENELÓN

*
**

Conviene ocuparse sólo de aquellos objetos cuyo conocimiento parezca estar al alcance de nuestra mente.

DESCARTES

*
**

La palabra filosofía esta compuesta de dos términos griegos que significan amor y ciencia (o saber); unas veces es empleada en el sentido de amor de la ciencia y otras en el sentido de ciencia del amor, dando al término amor su significación más honda y general. Cuando la devoción a la filosofía se ha apoderado de un hombre, dice Platón, pasa él su vida en cualquier ocupación en que haya de empeñarse, sin dejar por eso de ser filósofo, amante del saber y sabedor del amor.

*
**

Soy realista, pero me gusta la ficción, la aventura, lo extraordinario, lo heroico. Soy checo, reflexivo, y eslovaco, impulsivo. Por lo mismo, he tenido continuamente que ponerme en jaque. Cuando elegí como norma de mi vida el realismo y el método científico, esto significó mi resolución de gobernar mi romanticismo y de practicar en mí la disciplina mental. Pero la lógica y el sentimiento no se excluyen. Mi racionalismo se manifiesta cuando quiero enseñar

y demostrar; pero siempre y en todas partes, en la ciencia y en la política, mi fuerza motiva ha sido ética, y es en el sentimiento, en el amor, en la simpatía, en la humanidad, en lo que fundo la ética.

MASARYK

*
**

El hombre sólo puede ser OBJETO de pensamiento, FIN de actividades políticas y sociales; nunca INSTRUMENTO O MEDIO, ni para realizarlas, ni para nada; que «ni puede la nación—compuesta como está de individuos que tienen que ser respetados—ser instrumento o medio, ni algo que por encima esté del individuo y a que el individuo deba ser sacrificado; ni ser como colectividad, deificada»; que «la dignidad del hombre basta para hacer la dignidad y la fuerza de la nación y no es posible tolerar que se deifique al Estado».

Cada hombre, pues, resumiendo y expresando el pensamiento de Masaryk, «cada hombre, fin directo y verdadero de toda actividad humana, política y social, crea, conjuntamente con otros hombres, su inviolable cultura humana y nacional, como una parte orgánica de su sér; y en armonía y colaboración con todo, engendra y desarrolla evolutivamente un Estado y una organización social en los que ha de pagar el respeto a su individualidad con respeto a la de sus conciudadanos, mientras que al mismo tiempo esté limitada su libertad por el respeto a la libertad de los demás».

BENÉS

Descartes y Claudio Bernard

Fragmento de un artículo de Nerio Rojas, Buenos Aires, escrito en celebración del tercer centenario del *Discurso del Método*, de Descartes.

Es sabido que Descartes estudió mucho la fisiología y la psicología, y efectuó numerosas investigaciones sobre estos problemas. Creía en la medicina y admiraba sobre todo las posibilidades de su porvenir. En ella afirmó su confianza para hacer mejor al hombre y escribió palabras que anticiparon en tres siglos el optimismo de Metchnikof. En cambio, era un tanto pesimista respecto a los médicos. Y así en 1650, ya mortalmente enfermo bajo el invierno de Estocolmo, discutía con sus médicos suecos y se negaba a la sangría, diciéndoles con intencionada ironía de escéptico: «Señores: economizad la sangre francesa».

De la obra de Descartes, lo valioso ha sido su «método», más que sus conclusiones. Lo que le ha dado jerarquía inmortal ha sido, sobre todo, su posición de desconfianza para encontrar la verdad. La duda es lo primero ante ella. Pero es sólo una duda provisional, una especie de cuarentena de las ideas: una actitud paradójicamente escéptica y creadora. De Descartes deriva buena parte de la obra de Claudio Bernard. Hay un cabal paralelismo entre el «método» sostenido por el pensamiento cartesiano en el ámbito de la filosofía y el «método» practicado por Claudio Bernard en el campo de las investigaciones fisiológicas. Ambos parten de la duda como condición previa para alcanzar la certidumbre sobre los hechos y las ideas. Y con esa actitud táctica y cautelosa, el primero funda en el siglo XVII la nueva filosofía y el segundo crea en el siglo XIX la nueva medicina. *El Discurso del Método*, de aquél, en 1637, es el antecedente necesario de la *Introducción al estudio de la*

medicina experimental, de éste, en 1865. Si de Descartes dijo Hegel: «es el fundador de la filosofía moderna», de Claudio Bernard afirmó Paul Bert: «no es solamente un fisiólogo, es la fisiología».

A pesar de sus diferencias, estos dos franceses ilustres tuvieron notorias semejanzas psicológicas. Ambos, siendo jóvenes, tuvieron gustos y aficiones literarios, especialmente poéticos. Descartes lo recordó después al explicar la evolución de su espíritu: «Estimaba mucho la elocuencia y estaba enamorado de la poesía». Claudio Bernard llegó a más; compuso una tragedia en verso e hizo representar una comedia «con algún éxito en un pequeño teatro de Lyon». Pero ambos abandonaron radicalmente tales propensiones. El futuro filósofo dejó las musas porque buscaba algo de mayor certidumbre. El futuro médico las abandonó porque un maestro de la Sorbona le aconsejó «aprender un oficio para vivir, sin perjuicio de hacer algo de poesía a otras horas», y así encontró en la fisiología su verdadero terreno.

En ambos también fue análogo el proceso psicológico que los llevó a encontrar las normas lógicas de su pensamiento y de su acción. Los dos se refugiaron para ello en la soledad y la meditación, y así descubrieron la luz orientadora de métodos semejantes. Descubrieron o inventaron, pues en este linaje de esfuerzos a menudo se ignora cuánto hay de hallazgo y cuánto de creación. Y es significativo que los dos, buscando una razón impersonal, entre reflexiva e intuitiva, la encontraron en sí mismos en un aislamiento meditativo. En Claudio Bernard, su famosa *Introducción* fue el producto de una muy larga enfermedad que lo obligó a recluírse en su terruño provinciano, donde «por primera vez tuvo el tiempo de meditar y de poner en orden, en el papel, el resultado de sus reflexiones solitarias». En Descartes, su fecundante

Discurso empezó a germinar en Alemania, donde, inquieto por su débil constitución, «permanecía, según dice, todo el día encerrado, solo, en una estufa en que tenía el descanso de entretenerme con mis pensamientos», y terminó de madurar años después en su deliberado aislamiento de Holanda.

La filiación cartesiana del «método» de Claudio Bernard es evidente. Ambos parten de la duda provisional para desarrollar toda su obra. La de los dos es una «duda universal». Es una posición modesta, pero valiente. «Para examinar la verdad es necesario, una vez en la vida, poner en duda, en tanto que sea posible, todas las cosas», dijo el filósofo. «El experimentador debe dudar, huir de las ideas fijas y conservar siempre su libertad de espíritu»; «la regla única y fundamental de la investigación científica se reduce a la duda», dijo el fisiólogo. Y para no renegar de su abolengo, Claudio Bernard lo confiesa al decir: «Cuando Descartes pártete de la duda universal, da preceptos bastante más prácticos para el experimentador que los dados por Bacon para la inducción. Hemos visto, en efecto, que es sólo la duda lo que provoca la experiencia; es la duda, en fin, lo que determina la forma del razonamiento experimental».

Pero la duda integral puede comportar la inacción o la esterilidad cuando termina en el escepticismo. Y ellos, al defenderse, nos defienden contra el riesgo de ese roedor intelectual. Por ello en el *Discurso* se lee: «No por eso imitaba yo a los escépticos que dudan por dudar solamente y fingen ser siempre irresolutos, sino al contrario, teniendo siempre ese propósito, todo mi designio era el de quitar la tierra movediza y la arena para descubrir la roca o la arcilla». Por lo mismo en la *Introducción* se lee: «El escéptico es aquel que no cree en la ciencia y que cree en sí mismo; cree lo bastante en él para osar negar la

ciencia. El dudador es el verdadero sabio; no duda sino de sí mismo y de sus interpretaciones, pero cree en la ciencia».

Por eso la duda en ellos no es un fin. Es una duda creadora. Si Descartes llega por ella al *Cogito*, arranca a su vez de éste en sucesivas afirmaciones. Si Claudio Bernard desconfía de los hechos y las ideas, propone el método experimental como brújula orientadora. Porque ambos, como extraviados primero entre el misterio del mundo, buscan una guía para la certidumbre. El peor riesgo es caer en el error y ello es frecuente. Descartes admira la lógica matemática y relacionando todo con ciertas ideas primarias, propone la evidencia de la propia intuición como criterio de la verdad. Claudio Bernard es atraído por las ciencias biológicas y ansiando para ellas mayor exactitud, propone el rigor objetivo de la experimentación como control de nuestras ideas.

Los dos aconsejan así una simbiosis lógica entre el pensamiento y los hechos.

Y es sorprendente y al mismo tiempo aleccionador, que Claudio Bernard, fisiólogo casi materialista, atiborrado de ciencia de laboratorio, insospechable en su rigorismo objetivo, creador de la «medicina experimental», no cayera jamás en la superstición pseudocientífica de la primacía de las cosas. En reiterados pasajes y variadas formas lo dijo como una advertencia. Sostuvo que «el único criterio real es la razón»; «un hecho no es nada por sí mismo». Y si tuviéramos alguna duda, basta meditar sobre este pensamiento suyo, todo impregnado de cartesianismo: «las más grandes verdades no son en el fondo sino un sentimiento de nuestro espíritu».

Con todo, aunque los dos practican y aconsejan un «método» para investigar, ninguno cree que con él pueda bastar y destacan el valor esencial que cada

hombre significa en toda labor. Por eso, tanto en el *Discurso* como en la *Introducción* hay muchas páginas autobiográficas, a manera de historia psicológica. Y así, en aquél se lee: «Mi designio, pues, no es enseñar aquí el método que cada cual debe seguir para dirigir su razón, sino hacer ver de qué manera he procurado dirigir la mía». Y en la segunda: «El método experimental no dará, pues, ideas nuevas y fecundas a quienes no las tengan; servirá sólo para dirigir las ideas en quienes las tengan». Y todavía en el libro del médico hay esta alusión al positivismo: «El método por sí mismo no genera nada y es un error de ciertos filósofos el haber acordado demasiada potencia al método en este aspecto».

Ambos pensadores se apartan, sin embargo, en varios puntos. Y desde luego en uno fundamental: la metafísica. Descartes es un filósofo integral y abarca la física y la metafísica. Esta última, en cambio, es ignorada por Claudio Bernard, que en ese campo de las causas primeras y la esencia de la realidad es escéptico y modesto. Cree que son verdades inaccesibles y prefiere quedarse en el ámbito de la ciencia, en cuyo poder confía.

64737

TREJOS HERMANOS

IMPRESORES
